



Una noche, como tantas otras, Álvaro escuchó un ruido. Sobresaltado, abrió los ojos de par en par y encendió la lámpara de su mesita.

—¿Habrán sido los monstruos de mi habitación? —se preguntó.



De un salto, se puso de pie y observó el cuarto con atención.

Los buscó detrás de su mesa, dentro del armario y en lo alto de la estantería. Pero no había ni rastro de ellos.

—¡Seguro que se han escondido debajo de la cama! —dijo mientras se arrodillaba en la alfombra.



Y entonces, lo vio:
Un agujero azul oscuro, casi negro,
invadía el suelo bajo su cama.
¿Estarían allí sus monstruos?
Cogió aire y se dejó caer dentro
como si fuera un tobogán.





En un abrir y cerrar de ojos se encontró en un lúgubre cementerio
lleno de esqueletos que bailaban entre confeti y globos de colores.
Pero por más que miró no encontró a sus monstruos.

